



Álbum de fotos

50 años de rodaje / 50. urte jardunean.

Donostia-San Sebastián : Donostiako Nazioarteko Zinemaldia / Festival Internacional de Cine de San Sebastián ; Madrid : Ocho y Medio, 2002. – 411 p. : il. – ISBN: 84-88452-27-6.

Cumplir cincuenta años es una de esas fechas que se presta a mirar hacia atrás, a realizar un balance del camino recorrido. Eso es lo que ha hecho el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, que decidió conmemorar dicho guarismo, a la vez que autohomenajearse, con la publicación de un libro que recogiera la azarosa trayectoria de sus cinco primeras décadas de historia. Cuya génesis se remonta a 1953 cuando un grupo de comerciantes locales decidieron afrontar la creación de un festival, que contribuyera a prolongar el veraneo en la ciudad.

La primera edición, celebrada entre el 21 y 27 de septiembre, constituyó un éxito, propiciando, de esta manera, que las autoridades cinematográficas franquistas de la época asumieran la organización del festival, cambiando las fechas de su celebración, que pasaron a julio, al que se añadió posteriormente también junio. Entre ambos meses transcurrió el certamen, hasta que veintiún años después, en 1973, se recuperaba la fecha de septiembre. Un año especialmente significativo, ya que por primera vez un director vasco, Víctor Erice, conseguía con *El espíritu de la colmena* la Concha de Oro. Máximo galardón que en la década de los noventa lograron también Montxo Armendáriz (*Las cartas de Alou*, 1990), Juanma Bajo Ulloa (*Alas de mariposa*, 1991), e Imanol Uribe, en dos ocasiones, (*Días contados*, 1994; y *Bwana*, 1996).

Tras las cuatro primeras ediciones la Federación Internacional de Productores le otorgaba la categoría de Festival competitivo no especializado, Categoría A, con lo que ingresaba, de esta forma, en la elite de los festivales de cine, que han formado históricamente Cannes, Berlín y Venecia. Con la llegada de los años 80 perdía la categoría A, aunque a diferencia de lo que había ocurrido la primera vez, cuando la situación se limitó a 1963, en esta ocasión se prolongó durante cinco años, entre 1980 y 1984, hasta que en 1985 recuperaba su carácter competitivo y los premios volvían a ser oficiales. Fueron tiempos convulsos en los que el festival, que desde la edición de 1977 había pasado a depender de nuevo de la ciudad, estuvo a punto de desaparecer. Un hecho que no llegó a suceder, aunque no evitó que se siguieran viviendo momentos de crisis, que parece que se han superado de manera definitiva durante la última década de su historia. Esta se

ha caracterizado por haber entrado en una fase de estabilidad, como lo demuestra la naturalidad con que se han producido los sucesivos relevos en la máxima responsabilidad del festival.

El encargado de glosar estos y otros acontecimientos que han jalonado el devenir del festival durante todo este tiempo ha sido Diego Galán, ex crítico del semanario *Triunfo* y del diario *El País*, y estrechamente relacionado con el festival desde que en 1985 fuera nombrado, inicialmente, asesor. Asumiendo al año siguiente la dirección hasta 1989, cargo al que volvió durante un segundo período, el comprendido entre 1995-2000, tras haber sido nuevamente asesor los dos años anteriores. Estamos, por tanto, ante un buen conocedor de lo que representa el certamen, en su doble condición, primero, de periodista cinematográfico y, posteriormente, de gestor del mismo.

Galán fija en la presentación el alcance de su trabajo como cronista, que quiere desmarcarse de cualquier tentación hagiográfica, en la que se suele caer normalmente cuando se afronta la tarea de escribir la historia de un festival desde el propio festival: "Cualquier historia oficial es publicitaria. Pero esta no es una historia oficial". Para a continuación adelantar lo que el lector va encontrar en sus páginas: "Ojeando las memorias de otros festivales longevos, parece que todo en ellos fue pura armonía. Se olvidan crisis y se falsean datos con la disculpa de que cualquier recuento histórico tiende a ser una celebración, y por lo tanto una fiesta. Pelillos a la mar, dicen". En definitiva: "Pues no, señor/a: estos primeros cincuenta años del festival de San Sebastián, además de claros triunfos, tuvieron baches, dificultades, enredos....".

Fiel al guión que se ha trazado, Galán desgrana, año tras año, los aspectos más relevantes que han acontecido, no solamente desde el plano estrictamente cinematográfico, sino también desde su vertiente social y política. Un ejemplo de ello es lo que escribe sobre el festival de 1976: "Siguieron cayendo chuzos de punta. Incluso se llegó a pensar en clausurar el Festival, estando ya en marcha. La tensión política seguía estallando en las calles. La policía había disparado de muerte contra un manifestante vasco. Como respuesta, quedó decretada una huelga general".

Este repaso cronológico por la historia del festival es muy breve y está demasiado condensada, incluso diríamos que excesivamente, por lo que asistimos a un relato presidido por la liviandad del texto, que dada la estructura del libro y su gran formato está claramente subordinado al componente gráfico del mismo. De hecho las fotos son las principales protagonistas, cumpliendo ampliamente con el objetivo que se las ha asignado, ser la memoria gráfica del festival. A través de ellas asistimos, igualmente, sino a otra historia si a otra forma de mostrar la realidad del festival, la que contiene su lado más popular y amable, la que proyectan las estrellas, actores y directores, que con su presencia y glamour han contribuido a darle realce y esplendor entre la gente y los cinéfilos.

En las fotografías se encuentran contenidos parte de los rostros que han hecho posible las ficciones que han poblado el imaginario colectivo de

los espectadores cinematográficos durante varias décadas. En ese sentido, el libro funciona como un amplio álbum de fotos, que al hojearse despierta el recuerdo y la nostalgia, a lo que contribuye el blanco y negro de muchas de ellas, por un tiempo ya pasado, que no obstante, se hace presente, por unos instantes, en el acto en que nos detenemos en ellas.

Estamos, por tanto, ante una “historia contada en fotos. Ellas explican por sí mismas cuanto las palabras limitarían”, subraya Galán. Es una opción, aunque claramente insuficiente, en la que el texto describe, no analiza, limitándose a componer parte de un retrato más complejo, que solamente se intuye. Corriendo el peligro de convertirse en algo de lo que se ha intentado huir: una historia oficial, en la que las imágenes lo son casi todo.

Argiñe García Mardones